

MS 520  
1037/1164  
C. 9

Miércoles 5 de Octubre de 1921

UN REPORTAJE CANINO

HABLA EL FERRO DE S.E.

Cada vez que veo a S.E. cabizbajo y ceñudo, atravesar la Alameda, seguido, como siempre, de su Maluenda y su perro, me asalta sin quererlo, el recuerdo de aquel filósofo escéptico que dijo:

"Mientras más conozco a los hombres, más estimo a los animales".  
¿A cuál de sus dos fieles compañeros de paseo estimará más S.E.?

He aquí una pregunta tentadora para cualquier periodista; pero ¿cómo saberlo?

Yo no me atrevería a molestar, por un asunto tan nimio al Presidente; menos tendría valor para acercarme al señor Maluenda, cuya alta posición hace sentir demasiado a los simples mortales.

Sin duda alguna, el más abordable es el perro, y a él me dirigí, aprovechando un momento en que, arrimado a un poste algo podrido, se empeñaba en una labor absolutamente opuesta a los intereses de la Compañía de Tracción Eléctrica, que su colega de excursiones defendió con tanto brillo y desinterés hasta hace poco.

Cuando se ha tratado largo tiempo con los hombres del actual gobierno, y en especial con el Ministro de Instrucción, no es difícil comprender, como el sultán Mamus, el lenguaje de las aves y aún de los animales.

-¿Me permite una palabra? - le dije.

-Con mucho gusto - me respondió con gentileza, bajando una de las patas que todavía mantenía en alto.

-Usted sale todos los días con S.E. y con el señor Maluenda, ¿verdad?

-Sí, los dos: quiero decir, yo y Maluenda somos sus acompañantes más íntimos. Ambos le somos igualmente fieles, le acariciamos, le lamemos los pies, ladramos en su defensa - yo desde la calle y él desde "El Mercurio" - le pedimos alegremente el pan y también ¡ay! - dije lanzando un suspiro - soportamos con paciencia los puntapiés con que suele desfogar su mal humor. ¡Lo molestan tanto los políticos, los periodistas y los delegados obreros!

Comprendí que el reportaje resultaba más fácil de lo que a primera vista parecía. El perro, criado en un ambiente contrario en absoluto al silencio, se dejaba arrastrar de su natural verbosidad.

-¿Y trabajan ustedes mucho?

-Algo, algo; pero no crea que tanto como dice Maluenda. Yo ladro todos los días dos o tres horas a lo sumo. El ni eso siquiera...

-Sin embargo, está empeñado en una ardiente polémica con el senador don Enrique Zañartu.

-Así me han dicho; Maluenda trata en estos momentos de morderle los talones... pero no son ideas suyas.

-¿Cómo es eso?

-Son cosas que solemos escuchar al Presidente. Pero yo no le hago caso, ni me pongo a repetirlos. No estoy para que me pase lo que a cierto periodista argentino que habló de unos miles de hombres que S. E. iba a mandar en contra del Senado... Los mismos, sin duda, que ayer iban a salir en contra de los salitreros, y que tampoco salieron... No porque uno es perro, va a sacrificar su dignidad y sus ideas. El Lunes me dieron, por ejemplo, una tarjeta privada del señor Zañartu para que la llevara a "El Mercurio", con el objeto de desprestigiarlo, y no quise. Tuvo que llevarla Maluenda. A él no le importan estas cosas, ni que las malas lenguas digan que anda defendiendo intereses extranjeros en contra de los del país... Yo no comprendo bien claro lo que hay en eso del Pool... Lo que me parece entender es que hay unos caballeros ingleses que ha quedado "clavados" en una especulación y quieren ahora que les saque el clavo el Gobierno... De ser así, no veo porqué el Go-

bierno no entra, también, a ayudar a los que perdieron en Domeyko, en Llallaguas o en cualquier otro papel. Salvo que no se les ayude porque son chilenos... Por otra parte, en esta materia tengo mis ideas, que podrán ser todo lo perrunas, que se quiera, pero que son absolutamente propias, fundadas en una larga experiencia. Andan detrás de Mr. Gibbs una serie interminable de señores chilenos y extranjeros, y, pues bien, para usar una comparación sátriril, como diría el Ministro de Industria, acabando con el Pool se acaba la leva...

-¿Y qué piensa de estas ideas tuyas S.E.?

-Más o menos lo mismo que de las de Maluenda... Se sonrió. A los dos nos estima y nos aprecia igualmente... Jamás hace diferencias... Pero... - dijo de pronto alarmado - ¡ve usted! por hablar, me había olvidado de seguirlos...¿Dónde irán?

-¡Ya no los alcanza! le dije.- ¡Ni sé por qué calle han torcido...

-¡Vaya, eso no es una dificultad! - me respondió.

Agachó la cabeza, movió nerviosamente la cola, echó hacia adelante las orejas y olfateó el pavimento.

-¡Por aquí va Maluenda! ¡Hasta luego! - gruñó nerviosamente entre dientes, y partió a todo correr...

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile